

SANTOS GUTIERREZ,

CID

CAMPEADOR

DE

COLOMBIA



GABRIEL CAMARGO PEREZ

En la Provincia boyacense de Gutiérrez hay dos pináculos de la más hermosa brillantez: Uno que pertenece a la geofísica del país, y eleva al cielo su ofrenda cristalina de blancura infinita; y otro que pertenece a la historia de la República, y fulge como diáfana luz en la constelación presidencial generada por Bolívar y Santander.

El primero nació en los comienzos del mundo, con el soplo divino, y se llamó la Sierra Nevada de Guicán; el segundo nació en los principios del Siglo XIX, bajo el hábito de la libertad, y se llamó Santos Gutiérrez. Hace justamente, cien años, desapareció la existencia física de aquel Cid Campeador que regaló su corona de oro y de guirnaldas a las viudas de sus valientes soldados, y legó su gentilicio a ese noble jirón de la patria, pero aún vive y vivirá en la memoria de Colombia, porque habiendo enarbolado su acero por la vigencia de la libertad, entregó su corazón al amor de la moral y de la concordia republicana.

Coincidentalmente, por haber llegado a este mundo cuando nuestra nación acababa de obtener su independencia política, los padres de Gutiérrez, asentados desde tiempo colonial en la fértil campiña de El Cocuy, quisieron formarlo en la filosofía de la instrucción y del trabajo, para colaborar a la tarea de construir un Estado Culto y productor, defensor de los derechos humanos y explotador de las riquezas naturales, en orden a lograr la educación del espíritu y el progreso del país.

Pero cuando el escolar empezaba a querer el paisaje de su tierra, y a repasar la quiebras y quebradas soledosas de estos riscos andinos, a sus oídos de mozuelo llegaban los rumores de la disensión lejana, de los desacuerdos y discusiones entre los padres de la patria, de la rotura constitucional de la Gran Colombia, de los amagos divisionistas que fermentaban la contienda nacional.

Y ya en la capital de la república, siendo estudiante de leyes, a tiempo que meditaría en la necesidad de una legislatura y de un gobierno decididos a laborar por el hombre y por la tierra, antes que empeñados en la lucha fratricida, por fanatismo o ambiciones de mando, sorpresivamente fue arrastrado como soldado raso a los patios de un cuartel, como castigo a sus comentarios callejeros con unos cuantos compañeros de la Universidad.

Era el comienzo de la furia partidista entre liberales y conservadores de Colombia, a partir de 1840, que no dio margen a la Economía Política ni mucho menos a la Hacienda Pública, y que, en cambio, determinó el desgarramiento y atraso de la república.

El recluta fue llevado a los montes y tuvo que sufrir los dolores del conscripto, pero muy pronto logró su liberación, y luego de haber sido prisionero, nuevamente, cuando cesó la guerra y ya frisaba en los 25 años de edad, obtuvo su título de Doctor en Jurisprudencia, mostrando con ello, una garra de ambiciosa aspiración patrióti-

ca, templada al rigor de su fuerza moral.

“Santos Gutiérrez era todo resortes de acero, a un mismo tiempo adusto y jovial —cuenta su compañero de aulas Salvador Camacho Roldán— y su porvenir de fama lo presentíamos instintivamente todos sus condiscípulos.”

Al amparo de las libertades públicas, afianzadas con el influjo de la segunda revolución francesa, y con el mandato de quien rompió en Colombia la cadena de la esclavitud, el joven Abogado no sólo fue Juez y Magistrado sino que ya se adentraba en el ejercicio de la política, cuando las fuerzas de la reacción fueron ocasionando un climax draconiano, y Santos Gutiérrez cambió su toga negra por la encendida guerra, para combatir contra la dictadura militar.

Pamplona y Onzaga, en los ariscos cerros santandereanos, vieron blandir la espada del brillante Coronel, cual hoja de luz, defensora de la democracia, para restablecer el imperio de la Constitución y de la Ley.

Nueva tranquilidad ciudadana, nuevo respeto a las instituciones, nueva decisión de emprender juiciosos planes para el adelanto del país, mediante un propósito de entendimiento político, dentro de tal ambiente funcionaba el anhelo común de una confederación colombiana, al estilo del gran organismo creado en los Estados Unidos de Norteamérica, pero el hado maldito del

sectarismo nuevamente incidió en la desgracia de Colombia, y otra vez se armaron los pechos y los brazos de nuestros compatriotas, para pelear por los ídolos del foro, por el amor a la bandera roja y azul, con romanticismo de cada partido, que paralelamente iba dejando un reguero de cadáveres en el gran cementerio nacional.

Santos Gutiérrez, desde luego, como todos los grandes repúblicos del 800, también peleó por su ideal.

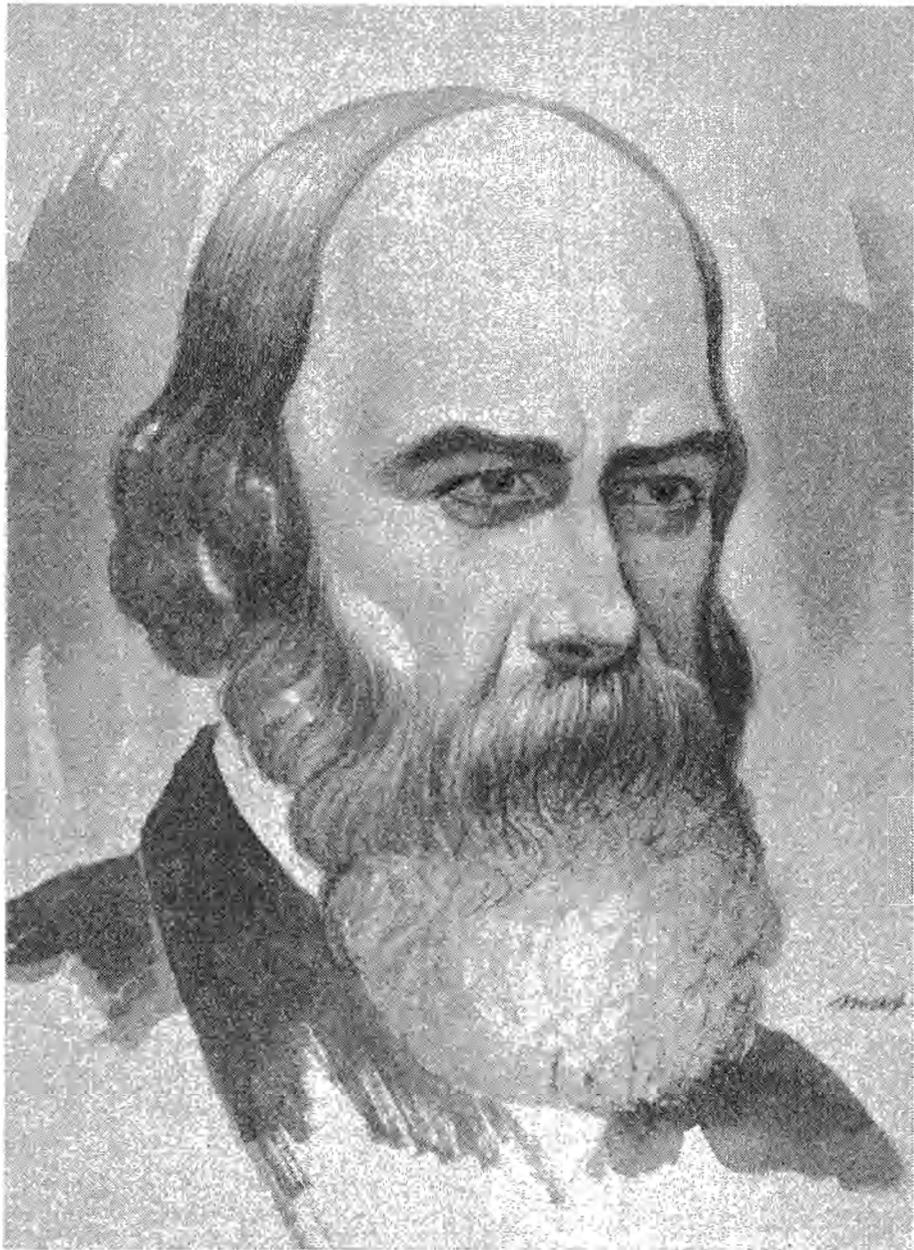
Famoso caballero en la gesta de 1854, el Gobernador de Santander llamólo ahora a la revolución de 1860, y luego de triunfar en Concepción, vino a la tierra de sus mayores y levantó un escuadrón de campesinos que fue creciendo con otras gentes provincianas, desde El Cocuy hasta Hormezaque, y luego a Tunja, en la "gran semana" de victoria para la causa liberal.

El Coronel Gutiérrez asume el mando Civil y Militar del Estado Boyacense, y el Supremo Director de la insurrección le confiere el grado efectivo de General. Con tal rango entra Santos Gutiérrez a la Sabana de Bogotá, y luego de reunirse con Mosquera y los demás Jefes del nuevo panorama nacional, vigorosamente triunfa en el campo de Usaquén, y corona su carrera en la propia capital. Razón tuvo Ricardo de la Parra, cuando al comentar un discurso de Rojas Garrido sobre abolición de la pena de muerte, expresó que la oratoria de aquel poderoso tribuno solo podía compararse a la carga que daría un escuadrón de Gutiérrez en cualquiera acción campal.

Inmediatamente sería designado Presidente Provisorio de Boyacá, aunque las postreras actividades de la contienda no le dejarían actuar en la administración.

Ahora vendría la tarea de imprimir ciencia y conciencia a la Constitución de la República. Pero infortunadamente faltó la voz del bando vencido para balancear la opinión de todo el estamento patrio, y si a ello se agrega el temperamento autoritario, antirreligioso y cesarista del Director General de la guerra y Presidente Provisorio del país, listo desde entonces a coronarse como señor y Emperador de esta parcela americana, los augurios de Rionegro no ofrendaban cimiento de mutua convivencia nacional. Con todo, a la Convención rionegrana asistirían muchas de aquellas figuras que habían alimentado su espíritu bajo la inspiración filosófica e igualitaria de quien fuera sacrificado en la Cima del Gólgota, y desde entonces acordaron enfrentarse al sectarismo con una conducta paradójicamente radical.

"Amnistía general y restablecimiento de las garantías individuales en toda la nación" fue la meta de aquella pléyade liberal de 1863, a la cual pertenecieron, entre otros, Francisco Javier Zaldúa, Eustorgio Salgar, José Hilario López, Salvador Camacho Roldán, Justo Arosemena, Aquileo Parra, Felipe Zapata, Manuel Ancizar, Lorenzo María Lleras y tantos más de la misma calidad y altura a cuya inteligencia y patriotismo se debe la salvación civilista de Colombia.



General SANTOS GUTIERREZ

Con ellos, y como segundo caudillo político, estaba presente la magra figura de El Cocuy, de ese "Tuzo Gutiérrez" que había impedido el maltrato de los prisioneros conservadores de Usaquén, y un buen día de plenaria sesión, como Ministro de lo Interior, enfrentado al General Mosquera, Ministro de la Guerra, en el gobierno prural y provisorio de aquel cuerpo constituyente, hizo leer una declaración signada por el Comandante en jefe del Ejército Nacional, General Gabriel Reyes Patria, y por los demás Generales y Oficiales del Estado Mayor, por medio de la cual se hizo saber que la fuerza militar no reconocía autoridad superior a la convención", y que sabedores de que el General Mosquera restringía la libertad de las deliberaciones y amenazaba a sus miembros, se veían en el deber de expresar que harían responsable a éste del menor ataque a esa corporación o a cualquiera de los diputados".

Agrega el autor de tal "memoria" que el bizarro Gutiérrez comentó aquel documento expresando que por penosa que fuese su publicidad tenía el deber de hacerlo para que terminase la situación vergonzosa en que se hallaban no sólo los representantes sino todo el pueblo colombiano, y concluye diciendo:

"El trueno de aplausos con que el acto republicano del General Reyes y sus compañeros de armas, y las sencillas palabras del General Gutiérrez, fueron acogidas por la barra numerosa y por la mayoría de los

Diputados, y ahogaron el sentimiento de vergüenza y temor con que otros las recibieron. El General Mosquera no ensayó siquiera balbucear una excusa, y en silencio y sólo se retiró del local."

Así se dió un viraje decisivo a la suerte de la República, y aunque allí no se hizo representar el voto del partido conservador, con una dirección eminentemente federal fueron constituidos los Estados Unidos de Colombia con gobierno de mayorías partidistas, para toda la nación y para cada sección territorial.

No resultó afortunada para el país esta medida de la federación política, por las diferencias y divisiones entre linderos y hermanos del mapa nacional, hasta el punto de que no había pasado un ciclo gubernamental cuando otra vez, y entonces sí, de veras, el Gran Mariscal Tomás Cipriano de Mosquera, tan valiente y patriota, como veleidoso y soberbio, abrogase el máximo poder con el título de Dictador, a tiempo que el General Gutiérrez, siendo Primer Designado a la Presidencia de la Unión, allende el mar representaba a Colombia, con austero patriotismo y muy noble dignidad.

Elio mismo sucedió o pretendió suceder con otros mandatarios de nuestro siglo XIX, sin hacer cuenta del Padre Libertador, quien a pesar de su idealismo autocrático y absolutista colmó su gloria en los últimos días de su existencia cuando dijo: "Si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se

consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro”.

Pero al estilo de Mosquera se pronunciaron otros notables patricios, tan inteligentes como variantes en su manera de pensar, cada vez más violentos y apasionados en la tendencia de turno: José Ignacio de Márquez, José María Melo, Mariano Ospina Rodríguez, Rafael Núñez.

En cambio, recordemos que la vida colombiana registra en sus mejores males cómo también, algunos hombres, de la más firme convicción en sus ideas liberales o conservadoras, han sido los salvaguardias de la unión republicana y el lazo noble y generoso de la concordia nacional.

Tampoco hagamos cuenta del General Santander, fundador civil de la Nueva Granada, quien esgrimió su espada por conquistar la libertad y su pluma por defender la ley.

Allá discurren en el Olimpo de la historia, el General Domingo Caicedo, Manuel María Mallarino, Sergio Canargo, Rafael Reyes, Carlos E. Restrepo, Enrique Olaya Herrera y todos los Presidentes del último Frente Nacional.

En esta lista de ventura para la suerte de Colombia también se cuenta el nombre esclarecido de Santos Gutiérrez, quien luego de laborar en el Senado por una política de acercamiento común, cifió la banda tricolor inmediatamente después de la restauración constitucional de 1867, y a tiempo de tomar posesión de su alta investidura dijo al Congreso las siguientes palabras:

“Nuestras guerras civiles han consumido una gran parte de la riqueza pública. La desconfianza subsiste a pesar de los esfuerzos del patriotismo, y sobre el erario pesa una doble deuda. La industria nacional está casi paralizada y sin estímulos para desarrollarse. Muchos ciudadanos laboriosos pretenden vivir de los destinos públicos porque el desaliento se ha apoderado de sus espíritus desde el día en que han visto que los frutos de su trabajo han sido devorados por la guerra y que la confianza en la paz pública se aleja indefinidamente.

Convencido de que el extravío de las pasiones políticas es la causa principal de las desgracias de nuestra patria, yo os prometo consagrar todos mis esfuerzos a la obra de la reconciliación”.

Y a fe que este primer Magistrado de la República cumpliría celosa y pulcramente su programa conciliador, llamando a su gobierno a notables representantes del partido conservador, como al General Pedro Justo Berrío y al Doctor Ignacio Gutiérrez Vergara, pese a lo cual y aún teniendo que vencer la oposición del segundo, como Gobernador de Cundinamarca, rodeóse de ecuanimes y desapasionados colaboradores republicanos, como Santiago Pérez, Miguel Samper, Sergio Camargo y Narciso González Lineros, con quienes inició su labor de tolerancia religiosa y de activo examen de los problemas públicos, para asegurar la paz social; contactos y convenios con

los jefes de la iglesia; gestiones diplomáticas con los gobiernos vecinos para resolver los diferendos internacionales, hasta dejar definidos los límites con el Brasil, posteriormente corridos en disminución del territorio nacional; primeros estudios y contratos para llevar a cabo el ferrocarril y el Canal de Panamá, de tanta trascendencia para el porvenir de Colombia, como esquina marítima del mundo occidental, pero que años después, por causas de la nefanda y persistente discordia, también perdimos con dolor, al contemplar cómo se desgarraba una faja completa de nuestro escudo nacional.

Un año después de ascender a la silla presidencial, el 1º de febrero de 1869, Santos Gutiérrez suscribió el histórico mensaje que hoy debe considerarse como el preludio de una rectificación partidista, cuyo proceso hubiera tenido mejor éxito con la colaboración de todos los estamentos políticos, para no caer ulteriormente en opuestas fallas de sectarismo, retardando así la culminación del abrazo nacional que años después habría de unir los dos bandos tradicionales de la patria.

“El país —dijo el Presidente— ha llegado a tal punto de decadencia, fruto de la intranquilidad de los últimos años, que es preciso empezar la grande obra de su regeneración”.

“Desde que la paz se considere como un bien cuya conservación depende de la honradez de los gobiernos y del apoyo de los pueblos, ella podrá resistir al embate de las pasiones, y servir de base a una regeneración que reclaman nuestro honor nacional y nuestra aflictiva situación”.

Un año después, Santos Gutiérrez entregaba el poder al General Eustorgio Salgar, el “Presidente Caballero”, nobilísimo lazo de la fraternidad republicana, y dos años luego se iba de su patria y del mundo terrenal, pensando que Colombia continuaría por los caminos de la paz hacia una meta de civilización.

Un hombre de la talla moral, y procerca de Santos Gutiérrez, merece la gratitud y el homenaje de todos sus compatriotas, y por eso hemos venido hasta su lar natalicio, en representación de la Academia Boyacense de Historia, a repetir ante el bronce de su efigie, y ante la hidalga descendencia de su estirpe, las propias palabras que él mismo pronunciara en la Convención de Rionegro, cuando fuéle concedida la guirnalda de piedras preciosas, con ramos de encina y de laurel:

“No es un Decreto el que puede dar honor a los hombres.

Es la gratitud y el aprecio de la patria, por los sacrificios que hayan ofrendado a la causa de la libertad”.



FONDO ROTATORIO